EL BUEN OÍDO DE UN SABIO

Pastor Oscar Arocha
14 de Agosto, 2005
Iglesia Bautista de la Gracia
Santiago, Republica Dominicana

"Y dijo el Señor: ¿A qué, pues, compararé los hombres de esta generación, y a qué son semejantes? Semejantes son a los muchachos sentados en la plaza, que dan voces unos a otros y dicen: Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no llorasteis. Porque vino Juan el Bautista, que ni comía pan ni bebía vino, y decís: Demonio tiene. Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y decís: Este es un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores. Mas la sabiduría es justificada por todos sus hijos" (Lucas 7:31-35)

Los versos anteriores son una exaltación del ministerio de Juan el Bautista en labios de nuestro Señor; en ello se destaca el logro de la predicación de Juan entre los publicanos en contraste con el rechazo de los fariseos al consejo de Dios: "El pueblo y los publicanos justificaron a Dios, siendo bautizados con el bautismo de Juan. Pero los fariseos y los intérpretes de la ley rechazaron" (v29-30). La predicación del Evangelio es ahora el método que la Gracia emplea para llamar los hombres al arrepentimiento y los Creyentes a la santificación. Y da a entender el Espíritu Santo aquí, que responder adecuadamente es honrarle, y el rechazo es deshonrarle.

En los versos siguientes nuestro Señor explica el fruto de Su ministerio entre ellos, y lo hace por medio de una comparación o parábola. Nótese que se hace una pregunta retórica: "¿A qué, pues, compararé los hombres de esta generación, y a que son semejantes?. En la respuesta se encierran las dos posibles reacciones cuando se oye la verdad: Admiración, o rechazo. En ambos se aprecia la profunda compasión de Dios por los pecadores, acomodó la predicación del Evangelio a todo gusto, pero solo el oído sabio se benefició.

El sermón será así: **Uno**, La enseñanza divina es con dichos y hechos. **Dos**, Que la sabiduría es justificada por sus hijos.

I. La Enseñanza Divina es con Dichos Y Hechos

Una nota de consuelo. Era costumbre en Israel que en fiestas de bodas o en días festivos los muchachos tocaran y danzaran al son de la música, y en los funerales o tiempos de dolor hicieran lamento acompañándose con ciertas ceremonias (v32). En lo primero se anunciaba gozo y en lo segundo luto, y en ambos casos reaccionaban acordemente. Nuestro Salvador hace uso de esa escena de la vida diaria y la aplica con los doctores de la ley, los escribas y fariseos. A estos grupos se les envío Juan el Bautista, cuyo carácter era austero en su manera, de franco hablar, y siempre reprendía a los pecadores, para tiempo presente alguien diría que era muy fuerte: "Porque ha

venido Juan el Bautista, que no come pan ni bebe vino, y decís: ¡Demonio tiene!" (v33). Además se les envió al manso Jesús, varón amistoso, condescendiente, afable: "Ha venido el Hijo del Hombre que come y bebe, y decís: ¡He allí un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores!" (v34); ni a uno ni a otro. No comían ni dejaban comer.

Nuestro Dios en Su bendita Gracia emplea toda clase de medios humanos para llamar los hombres al arrepentimiento; el carácter rudo y austero de Juan, como el manso temperamento de Cristo son usados para hablar las mismas verdades a todos, convencerlos del juicio final, con palabras cortantes para unos y hablar suave para otros, y tanto uno el otro con el fin de ganar sus corazones para Dios. Mire como habló Juan: "Cuando Juan vio que muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo, les decía: ¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera?" (Mat.3:7). En cambio Jesús se expresó así: "Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mat.5:3). Como si fueran primero la amenazas de la ley y luego las promesas del Evangelio. Truenos y luego paz.

Inferencia. De estas escenas se deriva que la enseñanza divina es doble: Con buenas palabras y con hechos, o con doctrina y conducta, y ambas están de acuerdo. La instrucción de Juan fue conforme a su propia vida austera, apartada de todo muy conveniente para derribar el orgullo humano. En cambio Jesús fue manso, gentil para con todos. La Gracia es condescendiente con los hombres, pues sabe que somos diferentes y emplea diferentes medios para ganarnos; unos se ganan más fácil con pasiones encendidas en el predicador, en cambios otros necesitan ser persuadidos con hombres de carácter callado y apacibles. Hay diversidad de dones, y todo lo hace el mismo Espíritu, las mismas verdades en diferentes colores. El piano saca variadas notas aun siendo el mismo piano. Del mismo árbol se pueden comer frutos más dulces que otros. El asunto es que en esto del Evangelio todos tienden a perfeccionar la misma obra. No obstante debe decirse que la forma de Cristo es preferible a cualquier otra, pero esa otra no debe ser despreciada si Dios la usa con uno, pues el Evangelio viene a satisfacer la necesidad de nuestras almas no nuestros gustos naturales.

Si recibimos estas verdades con fe, seremos enseñados a moderar nuestra censuras de las diversas formas de los hombres, pues si el todo sabio y Único Dios lo ha establecido así, quiénes son las criaturas para censurar la sabiduría divina: "Cuando vayas a la casa de Dios, guarda tu pie. Acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios, que no saben que hacen mal. No te precipites con tu boca, ni se apresure tu corazón a proferir palabra delante de Dios. Porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras" (Ecles.5:1-2). También aprendemos de aquí, que donde la Gracia de Dios no doblegue un corazón incrédulo, entonces ningún medio por bonito, agradable o suave que sea prevalecerá contra el hombre obstinado. Ni Juan ni Cristo pudieron contra los fariseos. Así mismo fue con los israelitas en el desierto; grandes y maravillosas obras y portentos hizo Dios por medio de Moisés, y siempre se quejaron de Moisés y nunca doblaron sus cuellos en humildad frente a la compasión divina.

Necesidad del Espíritu Santo. Entiéndase que en la conversión de los pecadores obra algo más que la fiel exposición de las Escrituras; el Espíritu de Dios debe obrar y quebrantar el duro corazón de los pecadores: "Jehová habló a Manasés y a su pueblo, pero no escucharon. Sin embargo, cuando fue puesto en angustia, imploró el favor de

Jehová su Dios y se humilló mucho delante del Dios de sus padres. El oró a Dios, quien aceptó su oración y escuchó su súplica, y lo hizo volver a Jerusalén y a su reino. Entonces Manasés reconoció que Jehová es Dios" (2Cró.33:10-13). Un hombre puede ver la bondad de Dios, Su poder, ira, juicio, las promesas y aun con todo eso, si el Espíritu Santo no trabaja sobre el corazón esas verdades no pueden pasar de la mente al alma. Nuestro Salvador lo explica así: "¿Cómo puede alguien entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes a menos que primero ate al hombre fuerte? Y entonces saqueará su casa" (Mat.12:29-30); Cristo tiene que sujetar las obras del diablo en el corazón del hombre para que el Evangelio obre. El hombre por naturaleza está muerto en sus delitos y pecados, y es necesario que el Espíritu de vida en Cristo Jesús entre y se establezca en el alma para cambiarle su corazón incrédulo, y hacerlo nacer de nuevo. La obra divina no solo debe alterar la voluntad del individuo, sino también cambiarla. Por eso al venir al uso de los medios de Gracia debemos orar como el profeta: "¿Por qué, oh Jehová, nos dejas extraviarnos de tus caminos y endureces nuestro corazón para no temerte? ¡Vuélvete por amor de tus siervos, por las tribus de tu heredad!" (Isa.63:17); rogar a Dios que Su Espíritu Santo no se apague contra uno, y que en cambio nos sostenga en las pruebas, que nos de un corazón santo al venir a Su augusta presencia.

Esto a su vez nos persuade de que el infierno de aquellos que se rebelan contra Dios es no solo razonable sino muy justo. Ellos siempre se inventarán una razón carnal contra la verdad y así disfrazar su desprecio contra Cristo. Nótese el caso de los fariseos contra Juan y contra Cristo: "Porque ha venido Juan el Bautista, que no come pan ni bebe vino, y decís: ¡Demonio tiene! Ha venido el Hijo del Hombre que come y bebe, y decís: ¡He allí un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores!" (v33-34). Es claro de estos versos que Cristo los está censurando, de donde se infiere que no es malo hablar mal de los malos hombres, en caso de defensa y prevención del escándalo, pues el ejemplo del Señor Jesús así lo garantiza. El asunto es que si les predica la verdad nos dan palos, y nos dan palos si hacemos silencio. Ellos tendrán una excusa razonable a su propio entendimiento para seguir amando su propio pecado.

Se ve aquí una pequeña ventana del poder tan grande que tiene el orgullo natural del ser humano, pues es el orgullo que levanta estos razonamientos para justificar su actitud mundana y despreciar el Evangelio. De otro modo no aguantarían sus conciencias cuando les diga que son unos estúpidos al posponer el arrepentimiento sin razón alguna. Ellos tienen que decir tal cual el perezoso que refiere el hombre sabio: "Dice el perezoso: ¡Afuera hay un león! ¡En medio de la calle seré descuartizado!" (Pro.22:13). Así el incrédulo, el dice eso para engañarse y seguir su maldad. En cada calumnia que levantaron contra el Señor Jesús fue así, y en el caso de los fariseos se le hizo más necesario por la posición de crédito público que poseían y que debían ser ejemplo para otros: "¿Habrá creído en él alguno de los principales o de los fariseos?" (Jn.7:48). No nos extrañemos que los Creyentes sean injustamente acusados y calumniados, pues del mismo modo trataron a Juan y a Cristo. Preparémonos porque grandes agravios se recibirán de parte de grandes hombres. Los mismos que difamaban a Cristo se sentaban en la cátedra de Moisés, y se cumple así la sentencia bíblica: "El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor" (Mat.10:24).

Hemos visto que la manera de la enseñanza divina es doble: Por dichos y hechos. El infierno de los que se rebelan contra Dios es razonable y justo. Ellos siempre se inventan una razón carnal contra la verdad y así disfrazar su desprecio. Así que, el carácter

fariseo no solo fue de aquella época, sino que es ese desprecio visceral que muchos hombres tienen contra Dios y Sus ministros, ya sea un Juan, o un dulce Jesucristo.

II. La Sabiduría Divina es Justificada por sus Hijos

El v35 se inicia con un partícula que sugiere un cambio de pensamiento: "Mas la sabiduría es justificada por todos sus hijos"; dicho de otro modo sería que, en cuanto a la sabiduría las Escrituras clasifican los hombres en dos grandes categorías: Los que son escandalizados por las esperanzas del cielo, y los hijos de la sabiduría; estos últimos la justifican como madre de buenas y convenientes decisiones. Habrá algunos como los fariseos: "Había una gran murmuración acerca de él entre las multitudes. Unos decían: Es bueno. Pero otros decían: No, sino que engaña a la gente" (Jn.7:12), o a otros Cristo les dirá con ternura: "No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino" (Luc.12:32).

Sabiduría aquí significa la doctrina del Evangelio, no solo como un libro, sino como un ministerio. Ella enseña que el ministerio Cristiano o los caminos de Dios son predicados por débiles hombres, y esta sabiduría es justificada por sus hijos, esto es lo mismo decir que los hombres y mujeres que son sabios en verdad reciben la verdad y la creen, no obstante la debilidad de la herramienta; ellos están más pendiente de la instrucción que del instrumento. Hay una doctrina o forma de enseñanza en la Biblia, que es la sabiduría; esto es, que Dios viene a nosotros y volvemos a El, esta se nos revela para que guiemos nuestra pasos hacia el Creador, y es eso lo que refiere el texto: "El pueblo y los publicanos justificaron a Dios, siendo bautizados con el bautismo de Juan. Pero los fariseos y los intérpretes de la ley rechazaron" (v29-30). Esta sabiduría comprende preceptos y principios para que mejoremos y reformemos nuestra vidas, cuyo fin es nuestra salvación. Esta sabiduría es la más excelente que existe, pues viene de la mano misericordiosa de Dios al hombre, pero también es poderosa, ya que trasforma la conducta de las personas que creen: "El evangelio; pues es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree" (Ro.1:16). Nos hace más sabio, nos muda de impío a Creyente, nos hace buenos; su fin es llevarnos al original hogar, a Dios: "Lo que hemos visto y oído lo anunciamos también a vosotros, para que vosotros también tengáis comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo" (1Jn.1:3).

A diferencia de las otras, esta posee un espíritu operativo, los demás conocimientos, nos hallan espiritualmente muertos y así nos dejan, en cambio ella es una maestra y hace lo que ninguna otra puede hacer: "Enseñándonos a vivir de manera prudente, justa y piadosa en la edad presente, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas" (Tit.2:12). Los que siguen las reglas del Evangelio son los que son sabios para con Dios, pues son hombres y mujeres precavidos, y se están preparando para lo más cierto en la vida humana, la muerte. Son como la sabia hormiga que se prepara para los malos tiempos. Son muy diestros para derrotar el mal, solo ellos poseen esa arma: "No seas vencido por el mal, sino vence el mal con el bien" (Ro.12:21). Los hijos de la sabiduría la justifican. Un bebé desprecia los brazos de una hermosa mujer, y los rehúsa porque prefiere su verdadera madre, así también son los hijos de la sabiduría: "Moisés prefirió recibir maltrato junto con el pueblo de Dios, que gozar por un tiempo de los placeres del pecado" (Hebr.11:25).

Ella posee un espíritu que la justifica; esto es, que no necesita de nadie para ser

justifica o confirmada, sino que cuando guía nuestras acciones, entonces podremos apreciar su atractiva y poder. Es en la muerte donde ella se pasea con más esplendor, pues todas las demás artes pierden su poder y valor cuando señora muerte llega, en cambio ella se levanta majestuosa y es justifica por el testimonio de sus hijos: "Y puesto de rodillas clamó a gran voz: ¡Señor, no les tomes en cuenta este pecado! Y habiendo dicho esto, durmió" (Hech.7:59-60). La sabiduría es justificada por sus hijos. Cuando un hombre busca oro, lo toma para sí, tanto si lo halló sobre una alfombra de terciopelo como si lo halla en una letrina. El sabe que de todos modos se beneficia. Así son los hijos de la sabiduría.

Vimos que la enseñanza divina es doble: Por dichos y hechos. El infierno de los que se rebelan contra Dios es razonable y justo. Ellos siempre se inventan una razón carnal contra la verdad y disfrazar su desprecio. Entonces, el carácter fariseo no solo fue de aquella época, sino que es ese desprecio que los hombres tienen contra Dios y Sus ministros, ya sea un Juan, o un dulce Jesucristo. Cuando dice que la sabiduría es justificada o probada por sus hijos significa, que no necesita de nadie para ser justifica o confirmada, sino que cuando ella dirige nuestras acciones entonces podrá ser apreciada su hermosura y poder. Los hijos de la sabiduría tienen un buen oído, su amor por la verdad les lleva a juzgar, no tanto quien la diga, sino lo que diga; como está escrito: "La sabiduría es justificada por todos sus hijos."

Aplicación

1. Hermano: Consuélate en Cristo y sed compasivo del triste estado de los ignorantes e incrédulos. Todos sabemos por observación y definición lo que es un loco, alguien que actúa contrario al conocimiento que tienen los demás. Niegan el derecho que tiene el Creador de gobernarlos, han perdido el sentido de la realidad, tal comportamiento recomienda un sanatorio, así mismo es el que después de iluminado desprecia la sabiduría, niega la misericordia de Dios. Ellos por la manera en que viven hacen evidente que hay algo llamado ignorancia y siendo guiados por ella la justifican: "Teniendo el entendimiento entenebrecido, alejados de la vida de Dios por la ignorancia que hay en ellos, debido a la dureza de su corazón" (Efe.4:18). Cuan triste es su caso, son sabios para obtener un palacio de oro en la tierra y al mismo tiempo un profundo lugar en el infierno. No seas como el fariseo que amaba el primer lugar en la estima de los hombres y no para con Dios.

En cambio tú eres Creyente, consuélate en Cristo, El te defenderá, te sostendrá y te enseñará. En tus necesidades y aflicciones aplica lo que tienes: Un Padre en los cielos, un Rey para defenderte y un Sumo Sacerdote para llevarte a paz.

2. Para justificar la sabiduría debes vaciarte de toda corrupción moral. Si un vaso estuviese lleno de jugo podrido, es necesario vaciarlo del antes de verterle el limpio, hay que hacer lo mismo. Hay en todos mucha necedad y estupidez, es decir corrupción moral, y en la medida que eso disminuya crecerás en sabiduría, se requiere un esfuerzo sostenido y oración constante para eso. Ruega, pues, a Dios que quite el velo de tu corazón, que te de luz para escoger lo mejor en la mejor forma: "Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley" (Sal.119:18); aquellos cuyos ojos son abiertos por Dios, verán maravillas en la Biblia, más de lo que nunca pensaron.

3. El conocimiento es el primer paso a la vida eterna. La obra de Gracia

empieza en el corazón por la iluminación del Espíritu Santo, y la semilla es así implantada. El nuevo nacimiento no es otra cosa que una luz transformadora: "Mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (2Co.3:18). Esfuérzate en crecer en conocimiento y práctica, ya que el incremento de la vida espiritual es por un aumento de luz: "Gracia a vosotros y paz os sea multiplicada en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús" (2Ped.1:2); el calor que mueve el motor de la piedad entra en forma de luz.

AMÉN